

LA ACUMULACION DE CRISIS

Mr. Nixon no puede quejarse por falta de crisis. Se le están acumulando. Ha puesto pie en una Europa malhumorada y picajosa por el asunto de la Unión Europea Occidental y, al mismo tiempo, preocupada por la nueva inquietud de Berlín. El pequeño castillo de naipes elevado en torno a lo que se ha llamado la apertura china se le derrumba por la negativa de Pekín a la conferencia de Varsovia, mientras se embarran las negociaciones sobre el Vietnam en París y en Pakistán se abren nuevas incógnitas. El ciclo de las violencias en Oriente Medio se acelera. Y en el interior del país, que ha dejado por una decena de días la situación universitaria empeora. El único signo enteramente favorable le viene de Moscú, donde se le ha invitado oficialmente. Dicen que quiere ir antes del verano y que la precipitación de su viaje a Europa tiene como objeto principal consultar a los aliados o, más aún, informarse en los países aliados. Este matiz, esta diferenciación, proviene de la decisión de Nixon de entrevistarse no sólo con las autoridades de los países que visite, sino con los «hombres importantes» de esos países. El eufemismo tras el que se esconde una serie de entrevistas con las gentes de la oposición. Quizá esto disguste a algunos gobernantes, especialmente —por ser quien es— a De Gaulle. Pero Nixon debe mirarse en su propia biografía para saber que políticos condenados al ostracismo durante años y malditos por la prensa, como lo estuvo él, pueden saltar de pronto al poder. Hay fundadas sospechas de que los laboristas británicos pueden perder las próximas elecciones, y aun de que estas elecciones tengan que adelantarse. En cuanto a De Gaulle, basta con la lógica para imaginar que desaparecerá del poder mucho antes que Nixon. Nixon intenta apurar sus posibilidades constitucionales; es decir, permanecer en la Casa Blanca hasta 1976. En ocho años, el mundo europeo debe dar muchos cambios.

La crisis de Berlín debía haber provocado, como la de Checoslovaquia, una cierta unión entre los países de la OTAN. No está excluido que hubiese sido calculado así. La insistencia de Alemania Federal en celebrar las elecciones presidenciales en Berlín-Oeste podía estar edificada sobre la seguridad de una respuesta de Alemania del Este y de la URSS. Una nota soviética lo había advertido así. Esta respuesta y las posibles represalias tendrían que obtener un reflejo de la OTAN, con lo que Alemania Federal se vería respaldada por los países europeos y, al mismo tiempo, conseguiría inyectar una cierta reanimación a la OTAN. Pero hasta este momento la respuesta ha sido relativamente moderada —puede agravarse cuando comiencen las maniobras militares del Pacto de Varsovia en territorio alemán— y, además, ha estallado la crisis de la OEO. Podría llegar a imaginarse que un motivo final de De Gaulle fuese precisamente el de quitar explosivo a la situación berlínesa, al mismo tiempo que poner todos los obstáculos posibles en el camino de un eje Londres-Berlín que denuncia estos días la prensa soviética, tras la visita de Wilson a Bonn y a Berlín-Oeste, pero que, probablemente, París teme más aún que Moscú. La reciente decisión británica de recortar sus presupuestos militares y que esos recortes se dediquen precisamente a la zona que ellos llaman «el Este de Suez» —el Lejano Oriente— hacen sospechar que Gran Bretaña se quiere inclinar decididamente hacia Europa. Y que, al mismo tiempo, se hace más dependiente de los Estados Unidos. Sin embargo, se atribuye a Nixon, ahora, el propósito de inclinarse más hacia Francia que hacia Gran Bretaña. Una «recuperación» del aliado francés sería un éxito diplomático para el nuevo Presidente y probablemente el peso geopolítico de Francia en la Alianza es hoy superior al de Gran Bretaña.

Pero, a estas alturas, nadie sabe todavía cuál es el verdadero propósito del viaje de Nixon. El mismo ha aclarado más de una vez que se trata de un viaje de información. Podría ocurrir que esta vez la declaración de un político coincidiese con la realidad. El único objetivo real de Nixon en estos momentos es el diálogo con Moscú. El diálogo ha comenzado ya

realmente con la conferencia que mantuvo el 7 de febrero con el embajador soviético, Dobrynin, después que éste pasase nada menos que dos meses en Moscú. Se dice que durante la hora de conversación, el embajador presentó un examen general de los problemas internacionales desde el punto de vista soviético y solicitó que se le expusiera el punto de vista americano sobre los mismos temas, al mismo tiempo que presentaba a Nixon la invitación del gobierno soviético para que visitase Moscú. Este será el primer viaje que haga un Presidente de los Estados Unidos a la Unión Soviética desde la revolución de 1917 (Nixon fue como vicepresidente, y ha repetido luego varias veces el viaje como ciudadano privado).

Será, si es que es. Esto quiere decir, si no hay fuerzas importantes que lo impidan, como se ha podido impedir la entrevista con los chinos en Varsovia. Una segunda crisis como la de Checoslovaquia lo aplazaría. Una agudización de la situación en Berlín, también. Alemania Federal no vería con desagrado que surgiese alguna de estas crisis. Entre los países de Occidente que temen este fortalecimiento de relaciones está, sin duda, Alemania Federal, que teme siempre que toda suavización de relaciones Moscú-Washington conduzca a la disminu-



El viaje de Nixon a Europa es de «información», sus conversaciones con los soviéticos son «exploratorias», su atención a los problemas interiores es de «estudio». Pero frente a esta prudencia y serenidad, la dinámica histórica se precipita. Nixon tendrá que empezar a tomar decisiones.

ción de su papel. Pero está claro que ni el Presidente Nixon ni los dirigentes de Moscú intentan otra cosa que no sea evitar esas crisis. La misma visita de Nixon a Berlín-Oeste es un poco vergonzante. Va a pasar como sobre ascuas. Estará unas tres horas, incluyendo en ellas una visita a una fábrica y otra a los jefes de la guarnición americana.

Pero el riesgo de una crisis aguda no deja de existir. Podría sobrevenir en Europa, pero también en Oriente Medio, donde Israel tiene los mismos temores que Alemania Federal —que la coexistencia se haga a su costa—, en Salgón o en el mismo Washington. Se ha hablado ya de que cada país está, en estos momentos, dividido entre «duros» y «blandos». Estados Unidos ofrece uno de los ejemplos más visibles de esta división. La operación concerniente al encargo de negocios chino en Holanda, su defección, su traslado a Estados Unidos, sus interrogatorios y la amplia publicidad que se ha dado al asunto puede haber sido una operación de los «duros», sostenidos por el China lobby, que tiene poderosísimos intereses económicos en Formosa, para obstaculizar la negociación con China. Quizá los «blandos» de China hubiesen conducido la operación de Varsovia, a pesar de todo, pero quizá también los «duros» de China, los que entienden que cualquier negociación con los Estados Unidos es como un pacto entre un cordero y un lobo, hayan conseguido imponer sus puntos de vista. Probablemente haya algo más detrás. Probablemente haya un deseo de los «duros» de China de entenderse con los «duros» de la URSS que emiten ciertas señales, como la llamada rehabilitación de Stalin. Pretenderían, unos y otros, restablecer el bloque resquebrajado desde el XX Congreso —la desestalinización— y volver a tomar en sus manos la unificación del comunismo y admirar los revolucionarismos. Todo esto, es preciso advertirlo, es simplemente una hipótesis sin grandes puntos de apoyo. El hecho es que la interrupción de las conversaciones de Varsovia ha derrumbado algunas de las esperanzas de Nixon. Sus portavoces no han vacilado en declararlo así y en lamentar que se les hayan quedado entre las manos «algunas proposiciones muy concretas» que pensaban hacer.

Otra crisis que se le ha venido encima a Nixon es la del Perú. La crisis, como se sabe, procede de la incautación por parte de los peruanos de los bienes de la International Petroleum, filial de la Standard Oil, como primer paso para una «recuperación de la deuda de 690 millones y medio que la compañía debe al pueblo del Perú desde 1924», según dice el Presidente Velasco Alvarado. El segundo problema ha sido el ataque de lanchas peruanas a barcos de pesca de los Estados Unidos, a los que consideraban dentro de sus aguas territoriales, que Perú ha decidido ampliar hasta doscientas millas de la costa sin que esta reclamación haya sido aún admitida. Desde el momento en que este desafío del General Velasco y su gobierno militar no puede ser imputado de comunismo, la situación de respuesta de los Estados Unidos por los mecanismos habituales se hace más difícil. Existe la posibilidad de suspender la ayuda económica (unos doce millones de dólares, más de cinco millones en empréstitos del Export-Import Bank) y anunciar la anulación del contrato de compra de azúcar, que Estados Unidos efectúa al Perú a dos centavos más del precio corriente en el mercado (en 1968 las ventas de azúcar del Perú a Estados Unidos ascendieron a cuarenta y cinco millones de dólares). Una vez más, Nixon se ve enfrentado con las opciones de «duros» y «blandos». Los «duros» optan por esta aplicación de sanciones; los «blandos», por una negociación. Y, una vez más, Nixon se ve ante un «test» de su capacidad, de su anuncio de que se abría una era de negociaciones. El caso del Perú tiene una importancia muy especial no solamente por el caso de este país en sí, sino porque el asunto se sigue en toda Hispanoamérica con un enorme interés.

Está claro que la junta militar peruana sirve con esta acción un profundo nacionalismo de su país y se sirve a sí misma con la posibilidad de que su acto sea aprobado por la oposición.

(Pasa a la página 10)



ES MÁS DIFÍCIL VENCER A GUERRILLEROS. NO A LA GUERRA CLÁSICA.

ARAFAT, FRENTE A DAYAN

El desenmascaramiento de la guerra en Oriente Medio

«Dios bendiga a Dayan», dicen que dice quien es su peor enemigo, Arafat, conocido también como Abu Amar, jefe de los comandos de Al Fatah. Es su manera de agradecer al belicoso general tuerto la imagen intransigente y ruda de un Israel conquistador, expansivo y vengativo, opuesta a la del moderado Levi Eshkol hasta el punto de que la disensión interior entre «halcones» y «palomas» se ha convertido en un tema interior grave en la política de Israel. Al parecer, es por ahora Dayan quien tiene mayor apoyo popular, como parece demostrarlo la línea «dura» adoptada por el Parlamento. Muchas de las acciones de los comandos, como la del ataque del avión de la compañía israelita El Al, en Zurich, tienen el objeto de provocar la represalia de Israel, de no dejar dormir la guerra, de radicalizarla y desenmascararla. Se ha dicho que si hay alguna posibilidad de arreglo en Oriente Medio ésta reside exclusivamente en el acuerdo directo que pudieran tener el brillante estratega judío, el triunfalista Moshe Dayan, y el elocuente, sentimental, pasional, humanista Yasser Arafat. Se ha dicho también que Dayan lo ha intentado ya, que puso en libertad a un «fedayin» (guerrillero) de Al Fatah para que condujese hasta su jefe un mensaje solicitando un diálogo, y que Arafat lo ha desdénado. Arafat no ve, por ahora, más solución que la guerra. Sería un error confundirle con un guerrero sanguinario o subestimar la importancia de sus guerrillas, ni identificarle con sucesos tales como la primera y la segun-

da exhibición de ahorcados en el Irak. Es un intelectual y lo son quienes le rodean. La hora de emisión concedida al grupo Al Fatah por la radio de El Cairo es la más escuchada del mundo árabe. El nombramiento de Arafat como presidente del Comité Ejecutivo de la Organización de Liberación de Palestina puede dar un nuevo rostro a la guerra. Su tesis es que las sucesivas derrotas de los países árabes por el ejército de Israel muestran que la guerra no puede tener éxito por los medios clásicos, por una «lucha armada popular», y que los protagonistas de esa lucha sólo pueden ser los palestinos desplazados, que, como él dice, «no tienen más bienes que su tienda de campaña», no tienen nada que perder y pueden llegar a convencer a los israelíes de que la guerra no cesará jamás. Para Arafat y sus seguidores, las diferencias políticas entre los países de Oriente Medio carecen de sentido, y se niega a mezclarse en esas querellas o reyertas de familia. Es, en ese sentido, apolítico, como lo es también con respecto a figuras occidentales de doctrina, y entiende que el primer y esencial problema a resolver es el de la liberación de Palestina. Pero el hecho mismo de su acción es revolucionario dentro de los países árabes. La acción de los comandos en territorios extranjeros, como acaba de suceder en Zurich, puede ser repudiada por la opinión internacional —sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de la opinión internacional es favo-

EN PUNTO

pañolas al cabo de catorce años, fue, como queda dicho, la película que centró la atención europea sobre la obra de Bergman. Estaba lejos de ser la primera. Llevaba quince realizadas con anterioridad. Con todo, y en función de los prejuicios existentes respecto a todo lo escandinavo, se habló entonces de vodevil, se hicieron referencias a Marivaux, cuando bien claro estaba, y el título bastaba para demostrarlo, que la referencia obligada era Shakespeare. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, «Sonrisas» resulta una de las obras más válidas de su autor, una, también, de las pocas cuya filosofía es irreprochable, en función, precisamente, de su falta de pretensión. Excelente comedia, magnífico espectáculo —el hecho de que Desirée Armfeldt, la «meneuse de jeu», sea una actriz, es

harto significativo—, el film es, pese a la brillantez que le hayan restado los años —unos años en los que el ritmo cinematográfico se ha hecho mucho más vivo, más ágil—, una obra siempre burbujeante, llena de resonancias libertinas, en la mejor tradición del teatro europeo de la gran época, llámese Siglo de Oro o época isabelina. Por encima del juego de parejas, de las brillantes oposiciones de personajes, existe, además de una corrosiva crítica de los convencionalismos sociales, un apasionado canto al amor. Las parejas que se han ido haciendo y deshaciendo acabarán por hallar su verdadero lugar, su exacta combinación gracias a la abolición de una serie de prejuicios, a la intervención de la sabia Desirée y al vino servido por la no menos sabia vieja señora Armfeldt,

sin hablar del contacto con la naturaleza, elemento demiúrgico de toda la narrativa escandinava.

Como en los mejores Bergman, los personajes femeninos son los más ricos, los más complejos, aunque sean también los de más dudosa moralidad, lo que ha dado pie para que, en más de una ocasión, se haya acusado al cineasta de misógino. A su lado, los hombres son como fanteos de una pieza, que se dejan llevar por sus parejas. El abogado Eckerman pasará de la abstención forzada a que le obliga su joven esposa a una nueva historia de amor con la que fue su amante. El aspirante a teólogo dejará que la sirvienta Petra juegue con él hasta que un simple azar le haga caer en brazos de la mujer a la que realmente ama, sin que él haya puesto nada de

su parte. El conde Malcolm tendrá que dejarse atrapar en el juego de Desirée para averiguar que con quien realmente se entiende bien es con su esposa. Y Frid, el cochero, prometerá a Petra lo que ésta quiera, después de que ella le haya revelado que la verdadera vida es tal como ella la entiende. Los juegos del amor y del azar han sido, en última instancia, dirigidos por las mujeres, más abocadas que los hombres, según Bergman, al amor. Y las cuatro mujeres de «Sonrisas» —Harriet Andersson, Ulla Jacobson, Eva Dahlbeck, Margit Carlqvist— forman, en la galería bergmaniana, cuatro de sus elementos más representativos. Lo mismo que «Sonrisas» es, al margen de su apariencia «diferente», una de las más representativas de sus obras y de su pensamiento. ■ C. S. F.

LA ACUMULACION DE CRISIS

(Viene de la página 5)

El riesgo es el de que otros países del subcontinente tomen medidas parecidas, y que el antiamericanismo comience a dejar de ser un monopolio de la izquierda. Algunos consejeros de Nixon parecen haberle advertido del riesgo de una repetición de historia. Si las primeras nacionalizaciones de Cuba no hubiesen sido bruscamente respondidas con un bloqueo y con anulación de los contratos de compra de azúcar, Cuba no se hubiese tenido que inclinar hacia los países comunistas para sostener su economía y no se hubiese llegado al comunismo, sino a una cierta forma de democracia avanzada que parecía

ser entonces —dicen esos consejeros— la base de la personalidad de Fidel Castro. El contraargumento de los «duros» es, naturalmente, inverso. Según ellos, no se atacó a Cuba con la fuerza suficiente como para destruir su régimen revolucionario, y ello trajo estas consecuencias...

En toda esta serie de crisis acumuladas se le está agotando a Nixon poco a poco lo que hasta ahora era su fuerza: la prudencia, la cautela. No cabe duda de que Nixon ganó las elecciones, y ganó luego algo más que las elecciones, cierta esperanza del país, gracias a lo que en lenguaje de las rela-

den encontrar unas razones también bastante importantes. Una podría ser su «luna de miel» con el poder, el plazo, el margen de confianza abierto a todo Presidente nuevo.

La otra es que todavía no ha hecho nada. Parece que, en momentos como el que atraviesa Estados Unidos, no hacer nada es mejor para un Presidente que hacer cualquier cosa, sea ésta cual sea, porque siempre el desenlace es malo. Nixon ha aparecido hasta ahora como un hombre relajado, tranquilo, expectante. Su viaje a Europa es de «información», sus conversaciones con los soviéticos son «exploratorias», su atención a los problemas interiores es «de estudio». Todo es prudencia y serenidad. Pero ocurre que los acontecimientos en torno a él no se han serenado por el simple hecho de que él los contemple con calma y la dinámica se precipita al margen de la inmovilización política, ocurre que los plazos se agotan y que Nixon tiene ya que empezar a tomar decisiones. En Europa, con la URSS, con China, en Oriente Medio, en Hispanoamérica. Con sus estudiantes, con sus negros, con sus soldados en el Vietnam, con el dólar, con las industrias, con los impuestos.

Va llegando el momento en que Nixon, tal como sea, tal como pueda ser o le dejen ser, apunte su realidad bajo el Nixon de la imagen electoral creada y de la luna de miel con el poder. Se está viendo venir. ■ E. H. T.



Bruselas, ante la llama del monumento al Soldado Desconocido.

ciones públicas se llama la creación de una imagen. Esta recreación del personaje es lo que Stewart Alsop ha llamado «la desmontuización de Nixon», con un neologismo bastante feo, pero bastante expresivo. Alsop encuentra cuatro razones principales para esta reconciliación con el hombre que fue considerado como una especie de «monstruo humano». Una es que no se ha mostrado como monstruo hasta ahora, otra es la calidad humana de las gentes de su gobierno, la tercera es simplemente que «no es Johnson», y la cuarta, que ha hecho una apertura hacia la sinceridad, la libertad de información y la expansión de las noticias gubernamentales. Se pue-



Con J. Rey, presidente de la Comunidad Económica Europea.